

I.RETABLO DE LA CORTE

Si no es la ambición que compone enteramente a las cortes de los príncipes, se puede decir a lo menos que es la que las hincha hasta esta demasiada grandeza, que hace a menudo malquerer a los soberanos su propia gloria y les hace algunas veces insoportable la pompa y fausto de que están cercados. El natural deseo que tienen todos los hombres a adquirir y alcanzar honras y riquezas los empeña insensiblemente en esta hermosa confusión y se hallan pocos que sean asaz sabios para poder estorbar de ser cogidos en esta tan agradable enfermedad entre tantos objetos que la comunican.

I-a-El Rey, los Príncipes y los Grandes

Los Príncipes y los Grandes están alrededor del Rey como astros muy hermosos que reciben dél todo su resplandor, pero que confunden toda su claridad dentro desta gran luz. Y aunque su claridad no parezca sino según que están apartados, con todo eso no se ve nunca llena de lustre sino mientras que este primer manantial de gloria se derrama sobre ellos y les reparte como ciertos rayos de su magnificencia.

I-b-Los medianos

La mayor parte de los demás se queman junto a esta lumbre antes que estén calientes. Y la Fortuna, que gusta de poner sobre este teatro las cosas más señaladas de su malicia y ligereza, se juega con la pérdida de mil ambiciosos para entronizar a sólo uno por encima del despeñadero que apareja casi a todos los que se dejan cegar con sus favores.

I-c-La fortuna y los vicios que la siguen

La Envidia, la Avaricia y la Ambición, que la siguen en todo lugar, reinan particularmente con ella cerca de los Reyes, donde chupan por todos lados un número infinito destes ingenios bajos y mercenarios a quien la desreglada e insaciable codicia no les permite gozar de una vida llena de dulzura y de reposo para arrojarlos dentro de las barahúndas de las que las grandes cortes como de grandes mares son continuamente combatidas. Allí es donde estas furias siembran el odio y la discordia entre los más cercanos, urden traiciones por todas partes y hacen brotar simientes de cobardía y de bajeza en las mismas almas que naturalmente no acaecen sino impresionantes de generosidad. Ellas son las que inspiran tantos designios ruinosos que arman y pierden a tantos hombres los unos contra los otros, que destruyen tan florecientes monarquías. Finalmente turban todo el orden de la sociedad y fuerzan las más santas leyes que se observan en el mundo.

I-d-Necesidad de consejos

Entre tan perversos daños que les hacen nacer me parece que los que los siguen no podrían tener muy demasiados consejos para esquivarse de las desdichas que les acompañan, y que no hay hombres de un asiento tan firme que la autoridad de los más poderosos o la envidia de sus iguales, o la malicia de los que están debajo de él no los puedan hacer caer del mismo punto de sus más altas prosperidades¹.

¹ De Refuge comparaba a su vez la Corte con el mar tempestuoso en el cual se está a merced de los vientos. Nicolas Faret unas páginas más adelante hablará también de los peligros de naufragar en el Palacio si se carece de la instrucción necesaria.

I-e-Sujeto de esta plática

Cierto que es mi designio representar aquí, como en un arancel, las más necesarias calidades, ora sean del espíritu ora sean de las del cuerpo, que debe poseer el que se quiere hacer agradable en la Corte.

I-f-De los preceptos de utilidad y flaqueza

Pero de imaginarse que mi parecer lo pueda poner en la rueda de la Fortuna, sin que los demás que sienten las mismas pretensiones como ello no puedan hacerlo para subiendo o arrancarlo después de ya subido es una proposición ridícula para caer en un sentido razonable. Los preceptos no sirven sino de guía y no ejecutan nada de sí mismos. Facilitan el principio y el progreso de las cosas que emprendemos pero no tienen la fuerza de acabarlas y no hay sino nacimientos dichosos que con estas ayudas forasteras se levantan hasta la cumbre de la perfección, donde no tenemos sino una tosca idea.